

Sucesos

Andrés Berlanga



RELATOS

colección
mar  dentro

A MODO DE PRÓLOGO

Con todos mis respetos, no me gustaría estar en la piel del autor de estás páginas: ¡es ya un setentón! Y, si va a tardar otros treinta años en publicar un nuevo libro, no merece pertenecer a nuestra querida República de las Letras, en la que me honro ser reputado crítico literario, ya que escritor tan lento debe saber que en ella no se entra al paso sino al peso.

Además de ser parco, también sus relatos son escuálidos, en el sentido de que cada uno apenas ocupa un folio. Estos sucesos no son noticias fingidas como si fueran tomadas de la Prensa diaria, labor que cultivaron escritores como Francisco Ayala, Max Aub o Bioy Casares, sino sucesos reales rastreados a los largo de dos años por cualquier rincón de España. Así que aporta elementos periodísticos verídicos pero con dos peculiaridades: la primera es que introduce matices de ficción, de modo que al final no distingues lo real de lo inventado, siendo en ocasiones más verosímil lo imaginado que lo sucedido. Y la segunda es que aparenta una página periodística de “sucesos” pero su tratamiento y sorpresa final son pura literatura.

Otra carencia de este libro es precisamente que no tiene citas literarias, ni notas a pie de página. Y, sin ánimo inquisidor sino para cumplir con mi deber de crítico conienzudo, descubro además -escudriñando el libro por tercera vez- otros dos evidentes fallos: en la página 143 comete un loísmo al aplicar un uso popular y coloquial a un complemento indirecto sustituible por un pronombre personal átono, etc. etc. Y en el suceso «Tal y tal» utiliza una expresión en desuso, modorro, probablemente desconocida para nuestros jóvenes lectores. (Ver página 224 cuando un personaje sentencia, sin duda refiriéndose veladamente a mí: “ese crítico literario es un modorro”).

Por otro lado también adolece el autor de falta de compromiso por su forma de narrar, con una aparente objetividad rayana en el distanciamiento. Por la socarronería, el decir sin decir y el modo de yuxtaponer lo que va sucediendo, el suceso simplemente te hace reír, o sonreír, o emocionarte, o sorprenderte, o sencillamente disfrutar; pero al acabar de leerlo te das cuenta de que ha ido mucho más allá: te ha hecho pensar o repensar -cuando tú no querías- en que a fin de cuentas está reflejando el mundo convulso en que vivimos hoy.

En suma, el libro despliega las mil caras de la condición humana. Casi siempre escudado en la apariencia de recrear sucesos mínimos, a veces insignificantes. Como dijo mi colega Pere Gimferrer, a propósito de la novela de nuestro autor ***La Gaznápira***, “nunca creí que con materiales de derribo se pudiera levantar una catedral literaria”.

Ramón Luján
Crítico literario

Miss... Miss... Miss...

Desfilando por la pasarela con un mohín coqueto, segura de si misma a sus cuatro añitos, entrecruzando los pasos como las maniquíes mejor cotizadas, con la cabeza por dentro llena de pájaros y por fuera una corona de guirnaldas que ceñía sus rizos rubitos, Marisol fue proclamada Miss Fotogenia en las Fiestas de Fontiña, allá por San Matías del año 2010. Cuando meses más tarde fue elegida Miss de Honor en el Carnaval de Porrño, tanto Lucas como su mujer Mónica acordaron dejarlo todo y emprender una carrera que llevase al estrellato a la precoz Marisol, hacerla más famosa que la mismísima *pequeña miss Sunshine* y, de paso, que sacase a la familia de apreturas.

Tres años ha durado esa carrera, de éxito en éxito, de certamen en certamen. Y no por previsible ha sido menos doloroso el final prematuro que ahora hemos conocido. Lucas y Mónica lo sienten, entienden los reproches de sus paisanos pero no se quejan ni se arrepienten; dicen que es ley de vida, sabiendo que los duelos con pan son menos. Y el pan les ha salido redondo, enriquecido... pan de oro.

Pronto viajaron con peluquera propia y en cuanto empezó a dar juego el filón de la Prensa (con portadas y contraportadas en los diarios gallegos) contrataron a un periodista como relaciones públicas y a un arquitecto

como cocinero. Dieta mediterránea para mantener a raya la tripita insinuante, alimentación sana, baja en azúcares, abundante en verduras. Luego se unió a la troupe un fisioterapeuta, como tienen Rafa Nadal y Pau Gasol, para darle masajes fortalecedores y que Marisol no creciera como esas modelos huesudas de los desfiles de moda. Dos horas diarias de campo a través, estiramientos y, estuvieran donde estuvieran, siesta cortita para aguantar pases, pasarelas, recepciones, homenajes...

Como decía el abuelo de Olivia, la *pequeña miss Sunshine*, la vida sólo es un maldito concurso de belleza, uno detrás de otro. A sus seis años Marisol, crecida asombrosamente hasta medir un metro sesenta centímetros, había sido ya Miss Esto y Miss lo Otro y la Más Miss de las misses más lucidas. Lucas y Mónica podían elegir dónde concursar, cobraban un fijo sólo por participar, alcaldes atolondrados o menos atolondrados reclamaban su presencia en las fiestas del lugar y todos presumían de su diva, de su Reina del Reino de Galicia.

Por eso sus paisanos han visto como poco patriótico que el último viaje, el destino final de Marisol, haya concluido en el País Vasco. Lucas y Mónica se excusan con que allí están los más conocedores, los primeros en el estrellato Michelin y que por 8.000 euros tampoco ha sido un negocio tan redondo convertir en chuletones la veteada, oscura y sabrosa carne de Marisol. La vaca más grande de Galicia no es una vaca cualquiera: Marisol ha pesado en canal mil cuatrocientos kilos, medía ya un metro de ancho y tres de envergadura y acababa de cumplir siete añitos.

Llorar a solas

Forman una pareja de hecho. Y de hecho, como “pareja” se aluden: nada de compañeros sentimentales, o “mi novio” y “mi novia”; o “mi marido” y “mi mujer”... Eloísa dice “mi pareja” y Eduardo dice “mi pareja”, últimamente los dos con cierto desdén. Ni están casados ni es probable que lo vayan a estar nunca, después de ver cómo transcurre el juicio que ahora protagonizan en El Ferrol, apellidado “del Caudillo” en tiempos tenebrosos. El fiscal no ha formulado todavía acusación alguna porque aún no tiene claro que sea violencia de género, soterrada o no; acoso psicológico, linchamiento moral o, por el contrario, simples ganas de jorobar de la parte demandante.

La declaración en la vista oral, que ratifica lo expuesto en la demanda escrita, no ha podido ser más reveladora; dos puntos: “Al principio su actitud fue muy comprensiva; me dejaba ver la tele, comprar revistas de marujeo y hacía la vista gorda si había una pelusilla aquí o los platos se pudrían allá, en el fregadero. Pero poco a poco, muy sutilmente, fue cambiando, presionándome, exigiendo. Al volver del trabajo empezó a pasar el dedo por los muebles para ver si estaban limpios, me miraba con cierto aire de menosprecio; sin decir palabra, que aún duele más. Un día me salió con que yo no iba a estar allí toda la vida comiendo la sopa boba y que ya era hora de que fuera buscando trabajo. Me

prohibió ver la tele, meterme en el Facebook y hasta acceder a la cuenta corriente que teníamos compartida. Eso me produjo un sentimiento de inferioridad, de inutilidad, tan angustioso que me anulaba como persona. Esa pena tan honda me deprimía mucho y me llevaba a llorar a solas en nuestra habitación. Todo lo he venido soportando con resignación cristiana, Señoría, pero que últimamente mi pareja me llame ‘escoria de la humanidad’, ‘garrapata de la sociedad’, y encima quiera echarme de mi propia casa, ha sido ¡el colmo que agota el vaso!, digo: la gota que colma el vaso. ¡Ay, qué pena mas grande!”

Justo en ese momento de la deposición -según expresión literal recogida en el acta levantada por el secretario del Juzgado- prorrumpe en sollozos entrecortados el antedicho declarante y demandante, don Eduardo Ruipérez. Su Señoría decreta cinco minutos de receso.

Al reanudarse la vista, interviene la parte demandada, doña Eloísa Lallana, quien con la venía de Su Señoría manifiesta; comillas: “Señora jueza: póngase usted en mi lugar si, después de un día de trabajo matador en este juzgado, cuando Su Señoría vuelve a casa agotada se encuentra a su marido, o a su pareja como es mi caso, más o menos como le dejó al irse por la mañana: tumbado en el sofá, en bata, el tío sin afeitarse, con un gin-tonic en una mano y el mando a distancia de la tele en la otra”.

Treinta años después del éxito de su novela *La gazznápira*, Andrés Berlanga regresa a la literatura con estos 52 relatos plenos de ironía y sorpresa final.

A partir de un hecho accidental ocurrido en cualquier lugar de España, estas ficciones (de una extensión idéntica: un folio) componen una crónica de Sucesos, tan periodística como literaria, que refleja 'virtudes y desperfectos' de la sociedad de nuestros días. Un mosaico de narraciones a veces patéticas, otras tiernas y siempre endiabladamente divertidas.

Andrés Berlanga (Labros, Guadalajara, 1941). Antes de *La gazznápira* (doce ediciones en Editorial Noguer y desde 1994 en los clásicos Austral de la editorial Espasa Calpe, con estudio del académico Manuel Seco), ha publicado otra novela, *Pólvara mojada* (Editorial Destino, en su colección Áncora y Delfín); así como los libros de relatos *Barrunto*, *Del más acá* y *Recuentos*.



 **marú**
EDICIONES

ISBN: 978-84-8196-352-6



9 788481 963526